

HOMENAJES

**HOMENAJE A LA MEMORIA DEL ACADÉMICO
Dr. MANUEL V. ORDÓÑEZ**

PALABRAS DEL DOCTOR ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

La Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas me ha encomendado que despida en su nombre a Manuel V. Ordóñez, miembro de número de la corporación desde el 7 de agosto de 1969.

No quiero referirme en este breve homenaje a la huella profunda e imborrable que Ordóñez deja no sólo en la Academia sino en los más diversos ámbitos en los que desplegó su actividad ejemplar. Tampoco a los innumerables cargos docentes, científicos, políticos y profesionales que desempeñó en el curso de sus 86 años intensamente vividos.

Creo oportuno, en estos tristes momentos, evocar algunos aspectos de su personalidad que mayor impresión causaron a quienes tuvimos el privilegio de tratarlo con frecuencia, de acercarnos a la intimidad de su pensamiento y de enriquecernos con su magisterio incomparable.

Ordóñez fue, por sobre todo, un hombre de fe. Su actividad múltiple estuvo inspirada por profundas convicciones religiosas. Tuvo enorme interés por las realidades temporales. Pero nunca prescindió de la dimensión sobrenatural. Porque jamás olvidó que en definitiva Dios es Alfa y Omega, Principio y Fin, Meta hacia la cual avanzó durante su larga y fecunda vida iluminado por esa fe que recibió de sus padres y estimulado por la virtud teologal de la esperanza.

Adhirió sin reservas a la cosmovisión cristiana. Inspirado por ella amó y respetó al prójimo por encima de discrepancias y disidencias, rechazando con énfasis cualquier forma de discriminación. Acorde con esta perspectiva, en la cátedra universitaria o en la tribuna cívica, defendió

con desnudo la dignidad connatural a toda persona en la que siempre vio la imagen del altísimo.

Ordóñez fue un maestro dotado de una oratoria formidable. En el curso de los últimos 35 años le hemos visto desplegar su elocuencia, siempre con el mismo empeño, ante pequeños grupos de estudio, formados bajo su inspiración en tiempos de persecución política, o en grandes escenarios, frente a auditorios numerosos. Su palabra estuvo invariablemente al servicio de la verdad. No transó con la mentira ni con la reticencia. Dio testimonio de sus principios éticos y políticos aun en las condiciones más adversas. No se doblegó ante el atropello ni cedió frente a la tiranía. Encaró con entereza la cárcel y los extravíos de un régimen con vocación totalitaria al que combatió sin temores ni claudicaciones.

No vaciló ni siquiera cuando el adversario parecía dotado de todos los poderes. Sabía que era un coloso con pies de barro que se desplomaría ante la fuerza moral de sus oponentes. En la hora de la victoria no perdió la noción de las proporciones ni olvidó la transitoriedad de los triunfos humanos. Tenía muy claro que la lucha por la libertad, la justicia y la paz nunca finaliza y que el premio incorruptible se encuentra más allá de los horizontes humanos.

Ordóñez fue un sembrador que formó una legión de discípulos. Todos los que siguieron sus clases en colegios nacionales o en los claustros universitarios recibieron el impacto de sus lecciones inolvidables. Enseñó con su verbo encandilante. Pero sobre todo enseñó a través del ejemplo de su vida rectilínea.

Fue un amigo cordial y generoso que se brindó sin retaceos a quienes le conocieron. Estuvo siempre dispuesto a sumarse a todas las causas nobles y a renunciar honores o procedencias que por mérito incuestionable le correspondían. No le enceguecieron las vanidades humanas ni abrigó pequeñas ambiciones. Le apasionaban las causas grandes, las que exigen entrega y sacrificio.

En estos tiempos difíciles en que se pugna por alterar nuestra Constitución histórica, es bueno recordar que Ordóñez fue un denodado defensor de la Ley Fundamental. Su adhesión a la carta de 1853/1860 fue incondicional. Clamaba por su observancia, no sólo en las formas o en las

apariencias, sino en el fondo y en sus esencias. A lo largo de más de tres décadas, en los períodos críticos y en aquellos en que aparentemente volvíamos al cauce de nuestros mayores, Ordóñez predicó el genuino retorno a la vigencia efectiva de la Constitución, persuadido de que bajo su amparo los argentinos podíamos forjar la definitiva unión nacional.

En el tramo final de su carrera aguardaba el encuentro con el Señor, confiado en la intercesión de María Santísima. Miraba a la muerte con la serenidad de los justos. Como el Apóstol Pablo, podía decir en sus días postreros: "He luchado el buen combate, he guardado mi fe, he terminado mi carrera: ahora sólo me resta ir a recibir la recompensa que el Señor me tiene aparejada, no sólo a mí, sino a todos cuantos han aguardado con amor su venida".

Manolo: todos los que fuimos sus amigos hemos quedado muy solos. Nos entristece la separación inmediata. Pero nos consuela la esperanza de la resurrección. Con ese espíritu, pedimos a Dios por su eterno descanso y para que la luz perpetua lo ilumine.